

**HISTORIA**  
**UNIVERSAL**  
**FREAK**

## JOAQUÍN BARAÑO

Tuvo que pasar seis años estudiando ingeniería civil para reconocer que lo suyo nada tenía que ver con la construcción de puentes. El radar para captar curiosidades y el espacio para acopiarlas en la memoria lo acompañan desde la infancia, atributos que desde 2003 vuelca en el sitio [www.datosfreak.org](http://www.datosfreak.org).

Tras más de una década de recopilación y verificación, sus libros son el resultado de transformar montañas de información en relatos continuos acerca de la historia y las grandes pasiones humanas.

Tras una década publicando Historias Freak, Joaquín Baraño retoma sus esfuerzos y nos entrega esta edición especial para conmemorar el libro que dio inicio a todo.

**HISTORIA  
UNIVERSAL  
FREAK**

**JOAQUÍN BARAÑO**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2026, Joaquín Barañaño  
Derechos exclusivos de edición  
© 2026, Editorial Planeta Chilena S. A.  
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,  
Providencia, Santiago de Chile

Ilustración de portada: Mathias Sieldfeld  
Diseño: Isabel de la Fuente  
Ilustraciones mapas: Nicole Valdivia S. @idyllnic,  
basado en Geacron.

1ª edición en este formato: julio de 2026

Contiene 811 mil caracteres con espacios.

ISBN: 978-956-408-956-0  
RPI: 259.456

Impreso en Colombia

# Índice

11 Introducción a esta edición

## **CAPÍTULO I**

Del big bang al origen de la vida

---

- 19 «¿Quién se podría tragar algo así de ridículo?»: El Big Bang
- 21 ¿Cuántas primaveras cósmicas?: La edad del universo
- 22 Esos formativos años de la infancia: La conformación física del universo
- 27 New Kids on the Block: El nacimiento del Sistema Solar
- 28 Eso que llamamos hogar: La Tierra
- 33 Un sándwich entre dos océanos: La formación del mar y la atmósfera

## **CAPÍTULO II**

La historia de la vida en la tierra

---

- 37 «Lo que le cupo a Noé»: La visión estática de la vida
- 38 «Y todo, pese a semejante nariz»: La vida como fenómeno dinámico
- 41 Hacia un mundo animado: El origen de la vida
- 44 El árbol genealógico completo: Diversificación de la biota
- 46 De a dos se baila el tango: Reproducción sexual
- 48 Las células, unidas, jamás serán vencidas: Organismos multicelulares
- 51 La vida a gran escala: Dinosaurios y otras bestias
- 53 «El que no llora, no mama»: Mamíferos

## **CAPÍTULO III**

Prehistoria humana

---

- 55 ¿Quién era exactamente ese tal Adán?: De simios a Homo sapiens
- 58 El mamut del vecino siempre es más carnoso: Las migraciones
- 59 Antiguo hombre nuevo: El Neandertal
- 60 A la tierra de las oportunidades: El poblamiento de América
- 61 El problema más difícil para la ciencia: El origen del lenguaje
- 63 Mejor trigo en mano que cien mamuts volando: Revolución del Neolítico

## CAPÍTULO IV

### De las cavernas al coliseo: la antigüedad

---

- 69 Todo sea para contar ovejas: El origen de la escritura
- 71 Una chispa en medio del cieno: Mesopotamia y el origen de la civilización
- 72 Mientras tanto, en el Nilo: Egipto
- 77 Nos perdimos los animalitos en el teclado: El alfabeto
- 80 Dos milenios de trifulcas: De vuelta a Mesopotamia, Babilonia y Asiria
- 84 Más que alfombras: Imperio persa
- 88 Guerrear, filosofar, votar: Grecia arcaica
- 92 Recetas para el fin del sufrimiento: Buda
- 95 De rituales y burócratas: La unificación de China
- 99 Guerrear, filosofar, votar, reloaded: Grecia clásica
- 105 La energía de la leche de loba: La República Romana
- 111 Cuatro mil años buscando hogar: Israel y Jesús de Nazaret
- 114 Al César lo que es del César: El Imperio romano

## CAPÍTULO V

### La adolescente edad media

---

- 127 De bacanales a campos vacunos: La vida sin Roma
- 131 El bastión oriental al pie del cañón: Bizancio en solitario
- 132 Relámpago religioso-militar: El Islam
- 141 Sucedáneo romano con sabor francés: Imperio carolingio
- 143 Poder anfibio: Los Vikingos
- 145 Sucedáneo romano con sabor alemán: Sacro Imperio Romano Germánico
- 147 *Mare ajenum*: El Mediterráneo
- 148 «No se aceptan barbas en la diócesis»: El Gran Cisma
- 149 A falta de legiones, castillos: La vida cotidiana
- 152 Nobles que suben, nobles que bajan: De vuelta a la alta política
- 153 Blitzkrieg estepario: Imperio mongol
- 157 Yo-yo jerusalense: Las Cruzadas
- 159 *Think tank* medieval: Escolástica y las universidades
- 160 Precalentando motores: La Alta Edad Media

## CAPÍTULO VI

### El renacimiento y la era de la exploración

---

- 167 El acicate de un buen aliño: La exploración portuguesa
- 170 Cartografía para principiantes: Cristóbal Colón
- 177 Desempolvando los clásicos: El Renacimiento
- 181 No a la absolución por secretaría: La Reforma
- 188 Descubrimiento. Sí, cómo no: La invasión de América

- 194 Y al fin, uno donde nunca se pone el Sol: El Imperio Habsburgo  
196 Poder fratricida: El Imperio otomano  
199 El esplendor de un reinado virginal: La Inglaterra isabelina  
201 De peleteros a emperadores: Nace Rusia

## **CAPÍTULO VII**

### Europa toma la delantera

---

- 205 Desentrañando la receta de la Creación: La revolución científica  
213 Lo que quedó de Europa: La Guerra de los Treinta Años  
215 Hay vida allá afuera: La colonización  
216 Infrahumanos por melanina extra: El mercado de los esclavos  
218 El poder cruza los Pirineos: Declive español, ascenso francés  
221 Naranja premecánica: El liderazgo de los Países Bajos  
223 Preparando el despegue: Las revoluciones inglesas  
227 Avestruz oriental: Japón se cierra al mundo  
229 Resolución de carpintero: La modernización de Rusia  
230 Hijos de tigre: La dinastía mogol en India

## **CAPÍTULO VIII**

### El despegue al mundo que conocemos

---

- 235 De por qué hablamos de *shopping mall*: El ascenso del Imperio británico  
239 «No metas tus narices en mi té»: Independencia de Estados Unidos  
243 Otro matón más en el barrio: Emerge Prusia  
245 Política al ritmo de la guillotina: La Revolución francesa  
252 A río revuelto, ganancia de megalómanos: Napoleón  
257 El caldero destapado: La revolución científica e intelectual continúa  
261 Y que la atmósfera nos perdone: La Revolución Industrial

## **CAPÍTULO IX**

### Industriosos imperios

---

- 269 Emanciparse se pone de moda: Independencia de Latinoamérica  
271 Engavete su corona: El liberalismo y los estados nacionales  
273 Comando insular: El apogeo del Imperio británico  
279 La pubertad de Tío Sam: Estados Unidos se forja como nación  
288 Los dolores de cabeza de Jesús Júnior: La guerra civil en China  
289 «Hasta que un muro nos separe»: La unificación de Alemania  
292 El vapor para el pueblo: La Revolución Industrial se globaliza  
295 Vigor eléctrico: Ciencia y tecnología  
303 La gran repartija: Colonización europea en África  
306 A volar la imaginación: El arte y literatura reaccionan al nuevo contexto

## **CAPÍTULO X**

«El mundo ha perdido el juicio»

---

- 317 Sangría a escala planetaria: Estalla la Primera Guerra Mundial
- 323 El bacilo marxista: La Revolución rusa
- 324 Un armisticio de veinte años: El triunfo aliado
- 326 A rearmar la vida: Entreguerras
- 328 La tecnología emprende el vuelo (literalmente): Ciencia de principios de siglo

## **CAPÍTULO XI**

La madre de todas las guerras

---

- 335 La trayectoria de un bigotín: El ascenso de Adolf Hitler
- 340 Kuchen para todos: Alemania conquista Europa
- 344 El horror: Los campos de concentración
- 345 Todo es cancha: El Eje extiende su horizonte de conquista
- 347 Su majestad el contragolpe: La victoria aliada

## **CAPÍTULO XII**

La humanidad en vilo

---

- 353 «Mientras no dispare en mi patio trasero»: La Guerra Fría
  - 370 «Mi cohete es más grande que el tuyo»: La carrera espacial
  - 374 El camino a Los Colores de Benetton: Los movimientos sociales
  - 378 La Biblioteca de Alejandría en tu bolsillo: La revolución informática
- 
- 388 Epílogo: ¿hacia dónde vamos?
  - 397 Agradecimientos

# Introducción a esta edición





Richard Jordan Gatling era, para irnos sin rodeos, un pote loco intelectual. Inventó un nuevo tipo de hélice para barcos a vapor —ignoraba que la habían patentado meses antes—, una sembradora de arroz y una plantadora de trigo.

Durante la Guerra Civil estadounidense, una estadística contraintuitiva capturó su atención: los yanquis perdían 1,5 hombres a causa de enfermedad por cada uno caído en batalla. Era, de hecho, algo normal para la época. En la Guerra Mexicano-Estadounidense, una década y media atrás, los gringos perdieron 6,5, y los franceses en Crimea 9,3. Si el desafío de su época hubiera sido el cambio climático, Gatling nos habría sorprendido con algún artilugio renovable, pero como lo que a él le tocó en suerte fue el concierto bélico, deslumbró con la invención de la primera ametralladora efectiva:

*Se me ocurrió que si pudiera inventar una máquina —una pistola— que, por su rapidez de fuego, pudiese permitir a un solo hombre realizar tanta labor de batalla como cien, que ello superplantaría, en gran medida, la necesidad de ejércitos numerosos y, consecuentemente, la exposición a la batalla y la enfermedad sería muy disminuida.*

Su ametralladora fue en efecto utilizada por los yanquis, y aun así ese conflicto sigue al tope del ranking de bajas estadounidenses

de entre todas las guerras en las que se han entrometido. Que son muchas.

Lo más probable es que Alfred Nobel —sí, ese Nobel— no hubiera oído del malogrado presagio de Gatling cuando elucubró el propio. Tras varios accidentes durante su experimentación con nitroglicerina que cercenaron varias vidas, su hermano inclusive, desembocó en un compuesto que pensó llamar Polvo de Seguridad de Nobel, que al final denominó dinamita y respecto del cual escribió:

*Quizás mis fábricas pondrán fin a la guerra antes que sus congresos: el día que dos ejércitos puedan aniquilarse mutuamente en un segundo, todas las naciones civilizadas seguramente recularán con horror y desbandarán sus tropas.*

Guglielmo Marconi anotó una idea similar en 1912 a modo de corolario de su gran aporte a la especie humana, el telégrafo inalámbrico:

*El advenimiento de la era inalámbrica hará la guerra imposible, porque hará la guerra ridícula.*

Dos años después, el mundo deslizó hacia el peor refutador posible a las sentencias de Nobel y Marconi. En medio del rebano global de sesos, Orville Wright, coinventor de la aviación, reconoció que había incurrido en el mismo error.

*Pensábamos que estábamos introduciendo en el mundo un invento que haría prácticamente imposibles nuevas guerras. Que no estábamos solos en esta idea se evidencia en el hecho de que la Sociedad Francesa de la Paz nos entregó medallas por nuestra invención. Pensábamos que los gobiernos se darían cuenta de la imposibilidad de ganar por ataques sorpresa, y que ningún país entraría en guerra con otro de igual tamaño cuando supiera que tendría que ganar simplemente desgastando a su enemigo.*

Si me obligan a apostar, me la jugaría porque Ernest Lawrence, Nobel de física y pieza esencial del Proyecto Manhattan, no había leído ni de Gatling, ni de Nobel, ni de Marconi, ni de Wright cuando se despachó esta otra:

*Las bombas atómicas sin duda acortarán la guerra, y esperemos que la acaben de hecho como posibilidad en los asuntos humanos.*

Era 6 de agosto de 1945, un día que la prefectura de Hiroshima no olvidará jamás. A los ucranianos, en este mismo instante invadidos por una potencia nuclear, el optimismo de Lawrence les resulta especialmente mordaz.

La conclusión parece obvia: “la historia es cíclica”. Es de esas frases que repetimos con naturalidad acrítica y automaticidad pavloviana. Como “la excepción confirma la regla”, una contradicción absurda si se piensa medio segundo, que solo existe a causa de una traducción truncada de Cicerón cuyo original comunica en esencia lo contrario. O el título zoo-nobiliario de “rey de la selva” para el león, un animal que no vive en la selva, consecuencia de que en inglés tradujeran traicioneramente el hindi *jangle* como *jungle*.

Una historia cíclica transmite una confortable sensación de armonía cósmica. En alguna parte, alguna fuerza superior capitanea a la humanidad por sobre el caos desconcertante, la aleatoriedad que no encaja. Es, al fin y al cabo, un tipo de pensamiento mágico.

El eslogan, rara vez sometido al cedazo del sentido común (y ni hablar del de la evidencia) surge de confundir inevitabilidades estadísticas anecdóticas con retornos eternos en el gran arco de la historia. Muchos miles de millones de personas, viviendo a lo largo de muchos miles de años, sujetos al mismo entramado genético y leyes de la física, necesariamente producirán repeticiones circunstanciales. A escala granular, nos vamos a encontrar con que tanto el faraón Psamético I como Jacobo IV de Escocia, el Sacro Emperador Federico II y Akbar El Grande intentaron, en distintos milenios —y con distinto grado de verosimilitud documental—, descubrir el origen del lenguaje exponiendo infantes a la crueldad del silencio (Psamético, nos dice el chamullento de Heródoto, concluyó que el idioma originario era el frigio, dos milenios más reciente que el egipcio que él mismo hablaba). A macro escala, observaremos una y otra vez cómo pueblos devienen en reinos y ellos en imperios que fulguran y luego caen. Todo esto es cierto y no es demostración de ciclicidad. Son solo reiteraciones inevitables del croupier que lanza los dados demasiadas veces, sometidos a las mismas reglas de juego.

No, la historia no evoca una sinusoide. A lo que evoca es a un palo de hockey. Durante 200 mil años el *Homo sapiens* era un miembro no particularmente conspicuo de la biósfera. Su biomasa combinada era inferior a la de otras especies de mamíferos y su presencia pasaba casi desapercibida en los ecosistemas donde posaba los pies. Una patrulla alienígena no habría singularizado la presencia humana si se hubiera asomado en el pleistoceno. Pero hace un pestañazo domesticamos a los animales domesticables, inventamos la agricultura, ideamos un método para acumular conocimiento mediante un conjunto de trazos y de ahí en más divergimos al galope. El resultado es que hoy el 95% de la biomasa mamífera es explicada por nosotros o por animales criados por y para nosotros. De las quizás 4.000 kilocalorías diarias que consumía un cazador recolector saltamos a 55.000 por cada día y persona explotamos de, digamos, 6.000 palabras a 56.000.000.000 de bytes. Nada de esto es cíclico. Es estallido, y comenzó anteayer. Si la patrulla alienígena volviera reportaría sobre los específicos del antropoceno.

Esa misma desconexión que abona la falacia de la “la historia es cíclica” es la que cataliza la temeridad, y casi diré aberración, de mirar el pasado —o al menos ciertos pasados— con nostalgia. Un vitrineo somero por la vida precivilizada basta para apreciar que era, en la mayoría de los casos, pobre, desagradable, brutal y corta, parafraseando a un famoso autor. O, en eras menos remotas, sujeta al guadañazo de la muerte por las más nimias causas. Ni una sola convicción de haber nacido en la época equivocada sobreviviría a una extracción de muelas sin anestesia o a un hijo que muere por un pinche rasmillón que se infecta.

La panorámica cambiaría con inmersiones comprensivas en la historia universal de cuando en vez, pero el acercamiento de la mayoría es un picoteo fragmentario, un pasaje seductor por aquí o por allá con el que tropezamos de refilón por un artículo, una película o una novela histórica. Ni siquiera el colegio ofrece un barrido completo de cabo a rabo y de una vez, porque eso sería incompatible con nuestro proceso paulatino de madurez intelectual. Para peor, el recuerdo escolar predominante es un insulso machaque de fechas.

Este libro es una inmersión posible. Una alternativa de entre muchas para enhebrar esos abalorios dispersos y articular el rosario de la historia. He de confesar, eso sí, que no nació con ese sentido de misión, sino que con el propósito más prosaico,

egoísta incluso, de satisfacer mi pulsión por transformar mi colección de clase mundial de curiosidades inconexas en un relato coherente, legible echado en cama. Atesoraba un gigantesco cofre rebosante de adornos para un pino de Navidad, y lo que faltaba era el pino —un tronco, ramas primarias, ramas secundarias y terciarias— donde exhibirlas. La historia universal es, qué duda cabe, el mejor pino posible.

Y lo que iba a ser una isla literaria devino en archipiélago. No porque lo hubiera planeado así, sino porque, en una epifanía al ritmo de David Bowie en las inmediaciones de la Universidad de Columbia hace ya 12 años, decidí que no había para mí mejor vida que esta.

Calafquén, febrero de 2026

CAPÍTULO I

# Del big bang al origen de la vida

● 13.750.000.000 a.C.  
3.700.000.000 a.C.

(O del 1 de enero al 24 de septiembre si se llevara a escala de un año, siendo el presente el último segundo del 31 de diciembre)



«¿Quién se podría tragar algo así de ridículo?»:  
El Big Bang

A los catorce años, Milton Humason dio por terminada su educación formal y se lanzó a forjar su vida en la soleada California. En 1911, con veinte años de edad, fue contratado por los constructores del observatorio del Mount Wilson para cargar los materiales de la obra cerro arriba. Al poco andar, se enamoró de la hija del ingeniero jefe, Helen Dowd. En breve eran ya marido y mujer, muy a pesar de míster Dowd, quien aspiraba a algo más que a una vida de arrieros para su descendencia.

Humason estaba consciente de que encarrilar mulas por las sierras no era precisamente un oficio de yerno ideal. Consiguió un puesto mejor pagado y socialmente más aceptado como capataz de un rancho en Pasadena, pero extrañaba Mount Wilson. Con ayuda de su suegro, en 1917 fue contratado como recepcionista del observatorio. Al poco tiempo fue aceptado como asistente de noche, algo del todo inusual para un tipo que ni siquiera había terminado la secundaria. Pero el hombre tomaba las mejores imágenes espectrales de galaxias lejanas, y se transformó en la mano derecha de Edwin Hubble, que por aquel entonces indagaba constelaciones desde las inmediaciones de Hollywood (antes de que el área se convirtiera en un antro de contaminación lumínica; tras el apagón provocado por el terremoto de 1994, cientos llamaron a los números de emergencia para denunciar una amenazante mancha blanquizca en el cielo nocturno: hubo que tranquilizarlos explicando que se trataba de la Vía Láctea<sup>1</sup>).

Las fotografías que llegaban a manos de Hubble indicaban una curiosa peculiaridad: los objetos lejanos aparecían más «rojos» de lo esperado, y existía proporcionalidad entre su lejanía y el grado de «corrimiento hacia el rojo». La longitud de onda de la luz, la propiedad que define su color, era mayor a la esperada porque los objetos se alejaban, y mientras mayor era la distancia de la Tierra, mayor era también la velocidad a la que esto ocurría. Lo extraño es que ello se observaba en todas direcciones, por lo que no se podía atribuir a alguna estrella o galaxia particular de espíritu viajero.

Hubo que esperar hasta 1927 para que Georges Lemaître, un físico belga y sacerdote católico, tuviese la osadía de proponer que aquello se debía a que el mismísimo universo se estaba expandiendo. La historia del descubrimiento del Big Bang nacía de las imágenes de probablemente el último astrónomo altamente exitoso que basó su carrera en una educación de octavo de primaria<sup>2</sup> y del intelecto de un ilustre representante de la Iglesia católica<sup>3</sup>, con frecuencia acusada de ser un bastión de resistencia a las revoluciones científicas. Y no está claro que haya habido una sola idea tan revolucionaria a lo largo de la historia de la humanidad como que todo el vasto universo comenzó como una partícula infinitamente pequeña (salvo quizás por el cálculo reciente de que Santa Claus tendría que viajar a una velocidad promedio de 2.100 kilómetros por hora para entregar un regalo a cada niño el día de Navidad<sup>4</sup>).

El nombre de Big Bang, sin embargo, no fue acuñado por sus descubridores, sino por sus detractores. El astrónomo inglés Fred Hoyle, es de suponer que buscando la expresión más infantil y menos digna de respeto que se le vino a la mente, lo llamó de esa manera en una transmisión radial de la BBC en 1949, mientras instruía a la audiencia sobre lo evidentemente inverosímil y desprovisto de sentido de semejante disparate<sup>5</sup>. El nombre resultó ser elocuente, y quedó instalado para siempre. Bien lo pudo llamar «teoría del kabuuuum» o la «hipótesis del kataplámm», y pasar al olvido rápidamente. Pero aquí estamos todos, rindiendo un inmerecido homenaje a su talento denominativo.